

LA GUERRA EN CASTILLA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XV: LAS CAMPAÑAS DE D. ALVARO DE LUNA A TRAVES DE LAS CRONICAS

por Francisco TORRES GARCIA
Historiador



A historia militar de nuestra Edad Media es sin duda un tema apasionante y sugerente por la diversidad de elementos conjugados en su formación y por la laguna historiográfica que representa. El ejército se constituyó, dentro de la Edad Media española, en un factor primordial de esa «epopeya» o «empresa nacional» que fue la Reconquista. Siete siglos de lucha no han producido, sin embargo, una historia militar completa de este período de la Historia de España. Es por tanto una parte un tanto olvidada y a la que convendría prestar una mayor atención. El arte de la guerra en el medioevo es pues prácticamente un desconocido para la historiografía contemporánea.

El escoger este período determinado de tiempo no obedece a un capricho o a una curiosidad del historiador sino a unos fundamentos importantes para la historia del Ejército español. Por un lado, se conjugan los dos tipos de lucha habituales: la guerra nacional o Reconquista y las guerras de intereses particulares o civiles. Por otra parte, nos encontramos con el primer intento de poner en práctica todo un conjunto de órdenes para la creación de un ejército más o menos efectivo de cara a los enfrentamientos de la época. Además es una etapa que sirve de precedente a la creación del ejército permanente, ya en la época de los Reyes Católicos, garante de la preponderancia de la monarquía sobre la oligarquía nobiliar.

EL EJERCITO DEL CUATROCIENTOS

Nuestro primer propósito es reconstruir el esquema y la teoría básica de estos ejércitos para realizar después un análisis práctico sobre las campañas de don Alvaro de Luna. En este lugar vamos a recapitular, pues, ese primer intento ordenador de la guerra: la estrategia y los medios utilizados, junto con los problemas planteados por las tropas. Por último, nos ocuparemos de señalar las diferencias y semejanzas entre las campañas de la Reconquista y los combates civiles presentes durante todo el período.

Ordenamiento legal de las huestes

Los ejércitos de la Reconquista distaban mucho de ser una organización permanente y preparada para el fin propuesto a conseguir. Se limitaba a ser la reunión en un momento determinado de la gente de armas necesaria para hacer frente a un peligro dado o marchar a una campaña planeada. Una vez concluida la tarea para la cual se les había reunido las tropas quedaban licenciadas (1).

Esta organización evidenció sus defectos tras las campañas de Fernando III el Santo y Alfonso X. Así pues, el inicio de la reglamentación militar española habría que buscarlo en las Partidas del Rey Sabio. En la segunda aparecen —por ejemplo— reglamentados los deberes de los caballeros, las ocasiones para formar las huestes, las guardas de los castillos, las formaciones a adoptar, las señas y pendones de las tropas, etc.

En las Cortes de Burgos (1338) y Guadalajara (1390) se continuará la legislación militar. En las primeras se fijan las normas sobre cómo habrían de servir los vasallos al rey mediante soldada, cuántos hombres formarían con el caballero, la gente que comprendería cada pendón, etc. En las segundas aparece el denominado «ordenamiento de las lanzas» para tratar de organizar el armamento de las tropas, asignando las armas que cada vecino debería tener para el servicio. Sin embargo, la primera aplicación práctica

(1) Las mesnadas eran reunidas por los grandes señores y por los pueblos, una vez se publicaba el bando del señor territorial o del merino. Estas mesnadas se dividían en peones y jinetes. Los fueros determinaban el número de hombres con que concurrían las villas a la guerra y les obligaba a tenerlos armados y abastecerlos hasta la llegada al punto de reunión.

se llevaría a cabo en el reinado de Juan II, puesto que hasta entonces —como ha señalado Vigón— estas disposiciones no habían tenido gran utilidad (2).

Las Partidas crearon una pieza de gran utilidad para la fase final de la Reconquista: la figura de los «*adelantados mayores*». Estos venían a sustituir las funciones militares de los antiguos condes castellanos, tomaban el mando de la demarcación asignada no sólo para la defensa del «*limes*», sino para ser también el primer contingente de invasión de una nueva campaña contra los granadinos. Sin embargo, el principal problema residía en la inexistencia en la cúpula del poder de quien no solamente organizara todo lo referente a las cuestiones militares sino que además representara la permanencia frente a los jefes militares que una vez acabada una campaña volverían a sus territorios.

Bajo el reinado de Juan I se iba a intentar dar una solución al problema con la creación de la figura del Condestable (junio de 1382). Su función, como nos señala la Crónica, residía en «*poner las huestes del Rey en la orden que deben llevar*» y generalmente en las acciones éste ocupaba «*la avanguardia*» (3). El primero de ellos sería don Alonso de Aragón pero posiblemente el más famoso fuera don Alvaro de Luna. En esta época, en Segovia, el rey hacía publicar las armas que debería llevar cada uno de los hombres al combate.

Así pues, cuando en 1406 ciñe la corona Juan II podemos afirmar que existía una preorganización militar que alcanzaría su mayoría de edad durante el reinado de Fernando e Isabel.

Los efectivos

El rey, suprema autoridad —al menos cuando tenía la suficiente prestancia física y personal para imponerse— podía emitir llamamientos a los grandes, a los caballeros, a las villas y a los campos para el concurso de la guerra (4). A estos llamamientos acudían los hombres de más de veinte años, y aquéllos que no eran necesarios retornaban a sus lugares de origen.

(2) Vigón, Jorge: «El Ejército de los Reyes Católicos», p. 14.

(3) En las retiradas, estas tropas pasaban a ocupar la retaguardia esperando ver marchar al grueso de la hueste antes de emprender su movimiento.

(4) A partir de 1405 el alistamiento quedaba sujeto a ordenanzas determinadas que reunían a los hombres por decenas con sus respectivos jefes o decenarios. Los hombres eran pagados con la soldada proveniente de las leyes hechas en las Cortes de Burgos de 1338.

Cuando la guerra se volvía hacia la empresa nacional su índice de popularidad se traducía en una mayor concentración de tropas —esto también sucedía en los momentos de graves tensiones entre los reinos—, en los presupuestos elevados que las Cortes otorgaban; y los pertrechos y avituallamientos pasaban a convertirse en el primer problema militar a solucionar. Este panorama se trocaba inmediatamente cuando la lucha se centraba en las grandes disputas nobiliarias del período reduciéndose los efectivos militares a las huestes de las grandes casas. Por ejemplo: la campaña contra Granada, que culminó en la batalla de la Higuera durante el reinado de Juan II, concentró un ejército de ochenta mil hombres con toda la nobleza castellana entre las fuerzas. Por el contrario en la batalla de Olmedo, episodio definitivo de un período de guerra civil, los realistas no superaban los 4.000 hombres (5). Este hecho nos está marcando la diferencia existente entre los dos tipos de guerras del período que nos ocupa.

La falta de un ejército real o permanente se convertía pues en factor primordial para la plasmación bélica de las ambiciones nobiliarias. De ahí su oposición a su creación en las Cortes que además protestaban por su alto costo, convirtiendo esta necesidad en un mero imposible. Así sucedió de hecho durante el reinado de Juan II cuando se intentó mantener al servicio del Rey una tropa de 1.000 lanzas. Don Alvaro de Luna, el Condestable de Castilla, crearía otro símil de ejército permanente con la organización de los «*continuos*». La finalidad de este cuerpo residía en garantizar la política del valido frente a las variabilidades impuestas por el curso de los acontecimientos (6). El ejército permanente aún habría de esperar a la unión de las Coronas de Castilla y Aragón para hacer su entrada en la Historia militar de España.

Las armas y las tácticas

Indudablemente la más importante de las armas medievales era la Caballería. En Europa ésta sufrió los efectos negativos de la Guerra de los Cien Años (7). La Caballería hispana, por el contrario,

(5) En otras circunstancias el número de los efectivos se reducía o aumentaba según las circunstancias, en las batallas de 1429 —por ejemplo— el Condestable agrupaba unos 1.700 hombres de armas y unos 400 peones y las fuerzas del Rey sumaban unos 2.000 hombres; frente a éstos se agrupaban tres mil hombres de armas y mil peones.

(6) Era un cuerpo de mil caballos organizado por razones de política interior que pretendieron disolver las Cortes de Tordesillas (1421) y que siguió como un lujo de la casa de Luna hasta el xvii. Vigón: *Op. cit.*, p. 15.

(7) Véase Ricardo de La Cierva: «Historia militar de España», vol. I, pp. 262 ss.

siguió conservando todo lujo, el boato y el ornato de las grandes caballerías medievales, tanto en el sector de las órdenes militares, como entre los propios caballeros. La batalla de Olmedo, de la que más tarde nos ocuparemos, se convertiría —en cierto modo— en la última ocasión para lucir las galas de un tiempo que iba pasando.

La Caballería se encontraba formada por hombres de diversa y distinta procedencia. Por un lado aparecían las órdenes militares, por otro lado los hijosdalgo de las ciudades y villas; después los ricos hombres de pendón o caldera, estos últimos tendrían que mantener a sus expensas a los hombres que llevaran; y por último aparecían los cristianos viejos y los propietarios. Todos ellos poseían leyes particulares o fueros a los que se encontraban sujetos.

La Caballería se agrupaba en secciones que recibían el nombre de mesnadas, con un número comprendido entre los cien y ciento cincuenta hombres. Los diversos grupos se identificaban gracias a esa colección de colores que formaban los penachos, los pendones, las armaduras, base del colorido medieval. Entre todas las enseñas destacaban la bandera y el guión real, la primera de ellas solamente aparecía desplegada al viento cuando el rey se disponía a entablar batalla. Una descripción perfecta de esta caballería nos aparece en la crónica de don Alvaro de Luna al relatarnos los preliminares de Olmedo. La prosa de la vieja historiografía española nos retrata hábilmente con la palabra el paisaje de las armas (8).

«apenas se fallaría en toda la hueste del Condestable quien llevase el caballo sin cubiertas, é los cuellos de los caballos cubiertos de malla de acero. Assi todos aquellos caballeros mancebos fijosdalgo en la casa del Condestable, é muchos otros, iban muy ricamente guarnidos. Ca unos levaban diversas devisas pintadas en las cubiertas de los caballos, é otras joyas de sus amigas por veletadas sobre las celadas. E otros iban ende que levaban cercerradas de oro é de plata con gruesas cadenas á los cuellos de los caballos. E algunos avia ende que levaban bullones sembrados de perlas, é de piedras de mucha valia, por cercos de las celadas. E otros avia que levaban tarjas pequeñas muy ricamente guarnidas, con estrañas figuras e inyecciones. E non era poca la diversidad, que levaban en las cimeras, sobre las celadas é los almetes; ca unos levaban timbales de bestias salvajes, é otros penachos de diversos colores, é otros avia que levaban algunas plumas, assi por cimeras de sus celadas, como de las testeras de sus caballos Nin fallescieron alli ginetes, que sacaron plumages como alas, que se tendian contra las espaldas. E unos iban con arneses crudos: otros levaban jaquetas chapadas sobre las platas: é otros jorneas bordadas éticas. Assi que en esta manera iba toda la gente del Condestable, é la mayor parte de la que en esta guerra se ayuntó».

(8) C. de don Alvaro, título LIII.

Los peones o infantería quedaban divididos en lanceros y ballesteros, en algunas ocasiones aparecía algún tipo más que no se especificaba. El carácter de las grandes cabalgadas de las guerras civiles los relegaba a un segundo plano cuando no desaparecía en este tipo de acciones. Aunque adquiriría su verdadera dimensión en las batallas o invasiones de gran envergadura. Por otra parte las abigarradas filas de peones de lanza constituían el único valladar posible ante la carga de la caballería medieval. A pesar de todo la Caballería llevó siempre la iniciativa en los combates librados a cielo abierto.

Los problemas presentados por estos ejércitos eran variados y de diversa índole. Por un lado señalaremos cómo el carácter de interinidad marcaba claramente la táctica empleada con esos combates parciales que daban al ejército la apariencia de ser un conjunto de compartimientos estancos a la hora del combate. Por otra parte, cuando la concentración de hombres adquiría dimensiones importantes los avituallamientos de hombres y animales provocaban un serio problema, pues la táctica de tierra quemada practicada por las tropas impedía el típico sistema de vivir sobre el terreno.

Estas condiciones de falta de preparación militar revestía a los jefes, nobles o no, de una función primordial al sustituir la falta de conjunción con el valor y el empuje. La capacidad de resistencia o la facilidad para derrumbarse, por parte del jefe, a la hora de la lucha en una situación crítica dada, los hacían piezas clave en la resistencia o caída de todo el grupo asignado.

Todas estas cuestiones han de ser tenidas en consideración a la hora de enfocar correctamente el problema de las justas y torneos medievales. En éstos el caballero o el jefe tenían la ocasión de adiestrarse y prepararse para la hora del combate real. Esta es la explicación de que muchas batallas medievales se situaran más cerca de un torneo que de un combate en el sentido amplio de la palabra. Los retos entre los jefes, las llamadas al ejército contrario citándolo a combatir, o las escaramuzas tenían mucho más de mundo caballeresco que de aplicación estratégica (9).

Un punto nos queda por sintetizar. ¿Existía o no existía una táctica militar en este período? Podemos afirmar que pese a las apariencias existía un ordenamiento militar, esquemático si se quiere, pero absolutamente lógico y adaptado a las circunstancias apuntadas.

(9) Estas situaciones se prolongarían durante el siglo XVI como lo demuestran los retos entre Carlos I y el rey de Francia Francisco I.

El ejército en movimiento adoptaba una serie de precauciones lógicas al reforzar los puntos de mayor probabilidad de encuentro. Así, lo mejor de las tropas quedaba situado en la vanguardia y en la retaguardia (10). Cuando se alcanzaba el lugar deseado para presentar batalla o ante el cerco de un castillo se escogía una posición estratégica para la instalación del «*real*». La construcción de estos reales durante la Edad Media alcanzó una dimensión de gran importancia en el arte de la guerra. El «*real*» quedaba convertido en el objetivo a alcanzar por el contrario para conseguir la victoria completa, por esta razón su defensa era una de las principales observaciones para su instalación. Diversos modos fueron los utilizados en la época para tal fin: unas veces se rodeaba de una cerca constituida por los carros de las tropas, otras se levantaba una defensa mediante postes de madera unidos mediante maromas o cadenas, o simplemente se construía un muro con la correlación de las tiendas exteriores. En su centro quedaba siempre el alcázar, residencia del rey o del principal y en torno a éste se agrupaban las tiendas de los jefes principales. Las formas que adoptaron variaban según las condiciones del terreno y de las fuerzas adversarias, así se utilizaron las plantas circulares, rectangulares o cuadradas para estos reales.

Las tropas quedaban formadas en batallas que luchaban prácticamente independientes entre sí; aparecía sin embargo un orden de combate inicial. La vanguardia constituida por tropas seleccionadas, un ejército central, las «*cítaras*» y tropeles para cubrir los flancos y en último lugar un cuerpo de reserva o retaguardia (11). Esta esquemática división permanecería invariable hasta los Reyes Católicos, estando el número de hombres que componían cada una de estas partes en función de los caballeros que integraban el grupo (12).

Llegada la hora del combate, estaban organizados una serie de elementos de avance y ataque o de defensa. Para la defensa se utilizaban tres tipos de variaciones sobre una misma formación, la más general era la de los «*haces*», ésta se formaba para resistir el

(10) En el ejército en marcha la retaguardia se convertía en la parte más fuerte de las tropas pues eran un objetivo lógico para el enemigo y además no podían ser socorridas con la misma facilidad que las situadas en la vanguardia.

(11) Las cítaras y tropeles eran como cuerpos envolventes situados en los flancos, las primeras mantenían una formación correcta en el combate mientras que los tropeles lo hacían de una manera más independiente.

(12) Los Reyes Católicos sustituyeron esta división por otra más racional con un número de hombres asignado de antemano para cubrir cada plaza.

asalto enemigo con una línea compacta de lanceros capaz de frenar a la caballería enemiga; esta fórmula adoptaba un orden circular o cuadrangular según las circunstancias. Para el ataque se utilizaba la típica formación de «*punta de lanza*» o «*cuneo*». Sin embargo hemos de señalar que en la mayoría de las ocasiones el éxito, una vez iniciado el combate, dependía mucho más del valor y la resistencia personal que de los aciertos estratégicos.

Guerra de Reconquista y guerra civil

Los dos tipos de empresas militares que vamos a estudiar dentro del siglo xv obedecen a ese sentido de empresa nacional —la Reconquista—, y al enfrentamiento entre el poder real y la oligarquía nobiliar. Entre ambos casos hay bastantes analogías pero al mismo tiempo aparecen profundas diferencias.

La Reconquista aparecía como el concurso de todos los elementos del reino para «*facere la guerra al moro*», desde las Navas de Tolosa donde se vieron «*tres reyes ayuntados en uno*» (13), Navarra y Aragón se fueron apartando progresivamente de esta tarea al ir completando su propia reconquista, pero la guerra siguió teniendo esa dimensión nacional y popular. La guerra civil por el contrario perdía mucho de ese acompañamiento popular, y su base quedaba reducida a las huestes nobiliarias divididas entre las diversas facciones.

La escasa confianza que en ellas tenía el Rey le obligaba a tomarles juramento antes de emprender la campaña para evitar trascendentales cambios de campo en pleno combate. Incluso ideológicamente esa diferencia se traducía en el siglo xv en el final de las arengas dirigidas a las tropas antes de entrar en combate. La Reconquista hacía terminar éstas con gritos de llamada al Apóstol Santiago, en cambio en las ocasiones de enfrentamiento civil los gritos se trocaban en el ¡Castilla! ¡Castilla! del Condestable y el Rey frente al denominado partido aragonés.

Las campañas contra la morisma contaban siempre con el apoyo de las Cortes, con fuertes sumas para los gastos, etc., cosa que no sucedía en los enfrentamientos internos. En las campañas contra los granadinos el primer paso era el nombramiento de capitanes para que junto con los adelantados calibraran la importancia del

(13) Alfonso el Sabio: «Primera Crónica General», p. 696.

enemigo y el lugar más accesible para la penetración por donde marcharía el ejército real. La táctica empleada radicaba en «*talár todos los panes e huertas de aquel logar, é derribar todos los atalayas é molinos*» (14). Así, la campaña se convertía en una guerra destinada a minar la capacidad de resistencia del enemigo y retardar el mayor tiempo posible la reconstrucción del territorio atacado si no se trataba de una campaña decisiva.

La guerra civil escasamente alcanzaba estos límites de destrozos, solamente en ocasiones determinadas el rey disponía hacer «*guerra cruel contra ellos, como contra enemigos, á fierro é á fuego é á sangre, é todo daño*». De hecho los nobles emplearían esta misma táctica en los ataques a las tierras de don Alvaro de Luna.

En último término hay que subrayar cómo en numerosas ocasiones, la guerra civil se convertía en un episodio muy dilatado sin grandes enfrentamientos. Algo así como un juego de fuerza para lograr las mejores posiciones para negociar sin llegar a entablar combate real. De hecho así sucedió prácticamente durante toda la primera mitad del siglo xv hasta la batalla de Olmedo.

EL MARCO POLITICO DE PRINCIPIOS DEL XV

Señala Menéndez Pelayo cómo «a esta primera mitad del siglo (conciérne) *el nombre que en la cronología dinástica le corresponde sino el de reinado de don Alvaro de Luna*». El reinado de Juan II (1406-1454), realmente iniciado en 1419, se encuentra dentro de una larga convulsión interna donde la creación y desaparición de ligas, facciones, treguas e intrigas marcan la pauta del enfrentamiento secular del siglo xv entre la monarquía y el poderío de la nobleza castellana.

Bajo el reinado de Enrique III las casas nobiliarias vieron frenadas sus ambiciones de poder por la firmeza del monarca. Sin embargo, el nuevo reinado se iniciaba bajo el signo de la debilidad. Esta debilidad provino en un principio de la regencia mientras el rey fue niño, y posteriormente de la propia indecisión del monarca ante los problemas suscitados. Si en un principio la lucha se centró en el intento de las facciones por gobernar a través de la voluntad real, cuando esto fracasó se iría abiertamente al enfrentamiento armado directo. Ello, mientras estuvieron unidas las di-

(14) Crónica de don Alvaro. Título XXXVI.

versas facciones, pero cuando lograban imponerse volvían a mostrar sus congénitas enemistades. Todo esto sumió al reinado en una continua e intermitente guerra civil.

La cabeza de las facciones encontró su representación en los infantes de Aragón, don Juan y don Enrique. Estos construirían con sus parcialidades en Castilla el denominado partido aragonés, al cual se sumó la aristocracia castellana que celosa de sus prerrogativas deseaba poner fin al peligroso valimiento de don Alvaro de Luna.

Como afirma Valdeón, en estas circunstancias el Condestable de Castilla se convertía en «el gran defensor de la institución monárquica en la pugna entre la monarquía y la nobleza» (15). Don Alvaro construiría su poder sobre tres bases fundamentales: la adquisición y control de nuevos dominios que le permitieran independizarse, las victorias militares, y sus éxitos en política exterior. Como señala el profesor Luis Suárez, el reinado queda pues entre una nobleza capaz de enfrentarse al Rey, y don Alvaro capaz de dominarla. Evidentemente el poder personal del hombre de Escalona despertó en Castilla oposiciones y recelos que le llevarían de sufrir varios destierros hasta el cadalso (16).

La situación de los reinos cristianos no era por tanto la más propicia para la continuación de las campañas contra el reino de Granada, también marcado por las discordias internas. Pero al mismo tiempo se estaban evidenciando dos hechos fundamentales: el final de la Edad Media española y el reforzamiento lento pero progresivo de la autoridad real que cerrará su periplo cuando en el trono de la monarquía hispana se sienten los Reyes Católicos.

LAS CAMPAÑAS DE DON ALVARO DE LUNA

Hemos apuntado cómo una de las bases del poder del Condestable de Castilla estuvo asentada sobre sus victorias militares, sobre sus campañas. Estos hechos de armas, en buena medida, resumen

(15) Valdeón, Julio: «La baja Edad Media», p. 71.

(16) Don Alvaro de Luna logró elevarse desde su posición de bastardo a los más altos designios de la Corte. En ésta entró desde muy niño y formando parte de los íntimos de Juan II. Desde joven mostró todas sus cualidades que al final quedaban reflejadas en su tremenda energía. La segunda boda del Rey precipitaría su final pues doña Isabel de Portugal se unió a sus enemigos que le llevaron al cadalso en 1453.

una parte vigorosa del reinado de Juan II, nosotros vamos a ceñirnos pues, a este aspecto de la vida militar en la Castilla de la primera mitad del cuatrocientos; para ello hemos dividido al período en tres fases diferenciadas.

- De Tordesillas a las treguas de Majano.
- La Campaña de Granada.
- El final del duelo: la batalla de Olmedo.

Estas fases reflejan perfectamente esa idea de guerra civil continuada que tiene un paréntesis bélico, con la campaña de Granada, pero aún en ésta siguieron manteniéndose las discordias seculares.

Las dos primeras fases marcan claramente la personalidad militar del Condestable de Castilla convirtiéndolo en la figura capaz de dirigir y aglutinar a las diversas fuerzas de los ejércitos de Castilla. Al mismo tiempo se revelaba como un hábil dominador de las circunstancias geopolíticas. La tercera fase muestra al hombre capaz de dirigir sus escasas fuerzas ante tropas más numerosas hasta lograr la reunión de una fuerza igual a la del enemigo para librar un combate decisivo.

De Tordesillas a las treguas de Majano

Esta primera fase queda delimitada por los primeros hechos de armas de don Alvaro de Luna que le conducirían a alcanzar el título de Condestable de Castilla y a situarse frente a los dos partidos suscitados en la Corte.

Una vez alcanzada la mayoría de edad por parte real, las ambiciones de las facciones se desataron sobre el trono. A la cabeza de éstas apuntando por hacerse con el control de la voluntad real se encontraba por un lado el infante de Aragón y heredero del trono de Navarra por matrimonio, don Juan; y por otro lado su hermano, maestre de Santiago, el infante don Enrique

El primer paso hacia la guerra civil se produce en el denominado «*golpe de Tordesillas*», donde a la cabeza de algunos grandes Enrique «*por tener mayor parte en la casa del Rey, é disponer de la persona del Rey é de los fechos del Regno á su guisa*» (17) se decidió

(17) Crónica de don Alvaro. Título X.

a la acción directa. El factor desencadenante de la operación sería el «*secuestro*» del Rey conduciéndolo a un lugar seguro al que seguiría la destitución de los hombres cercanos a la real persona por los hombres adictos a don Enrique.

La segunda de las facciones entra en la operación con la intervención de don Juan de Navarra que recluta hombres para marchar contra su hermano. En esta coyuntura entra en la historia de Castilla un personaje llamado Alvaro de Luna. Su crónica nos da las razones de la acción que iba a emprender.

«veyendo que todos aquellos ayuntamientos de gentes eran en des-servicio de su Rey é daño de sus Regnos, é mengua de su corona, é que si oviese aquella gente la batalla avria muerte de muchos, é enemistades, é divisiones perpetuas en los Regnos del Rey; e si la parte del Rey Navarra vencia, era sacar al Rey de una prisión é ponerlo en otra» (18).

El denominado golpe de Tordesillas o revolución palaciega fue efectuado con unos 300 hombres y solamente la actitud vacilante del Rey apoyando la acción de don Enrique, que no era otra cosa más que la demostración de la palpable debilidad de la autoridad real, mantuvo lo incierto de la situación.

Don Alvaro montó la contraofensiva, logrando sacar al rey de Talavera donde se encontraba prácticamente prisionero. Esta acción da lugar al primer amago de guerra civil del período. Por un lado se encontraban las tropas convocadas por don Juan dispuestas a «*liberar al Rey*», por otra parte, los hombres de don Enrique conscientes de tener perdida la partida sin el «*apoyo real*», lanzándose en su persecución; y en última instancia, el Rey refugiado con escasas fuerzas en el castillo de Montalbán.

En el cerco del castillo de Montalbán mostrará de Luna sus primeras cualidades de organizador militar. A través del rey se lanzan «*cartas a los lugares comarcas pidiendo vituallas, y a las hermandades socorro de hombres que ayuden a la defensa*». Se presentan cincuenta lanceros y ballesteros que refuerzan su escasa hueste. El cerco es realizado por 500 hombres que además controlan todos los accesos a la fortaleza, mientras tanto desde la villa de Olmedo, punto clave para la entrada en Castilla, marchaban el infante don Juan y el arzobispo de Talavera para «*liberar*» al Rey de las ambiciones del infante don Enrique.

(18) *Ibíd.* Título XI.

En este mundo de caballería y lealtades no era práctico realizar un asalto a una fortaleza, que por otra parte difícilmente podría resistir, y se recurrió a la negociación. Como dato curioso y altamente significativo de la mentalidad de esta rebelión señalemos cómo mientras duró el cerco se dejó pasar cada día a un hombre con dos gallinas, dos panes y dos jarrillos de vino para la mesa real (19). La crónica se recrea en los detalles de la reacción popular ante el hecho del cerco, esto y el ejército que sobre él se venía hicieron optar a Enrique por levantar el campo (20).

El problema principal era la existencia de tres ejércitos en Castilla dispuestos para la guerra: el del Rey que sumaba 3.000 hombres en Montalbán, en Ocaña acampaba el infante don Enrique, y en Fuensalida el infante don Juan. La única solución viable hubiera sido un choque armado que sentara las bases del poder real, sin embargo ninguno de los bandos tenía voluntad para que éste se produjese.

La solución negociadora se imponía, pues, como única vía al conflicto que finalizaría con la expulsión del infante don Enrique de Castilla y la confiscación de sus bienes. Entre los desterrados marchaba el Condestable castellano y el nuevo Condestable sería aquel que mantuvo la situación: don Alvaro de Luna (21).

La segunda fase del primer período se inicia con la alianza del nuevo rey de Navarra con el de Aragón con la pretensión de rehabilitar en Castilla al desterrado, éste a su vez actuaría como «*quinta columna*» de sus fines basados en la eliminación de la nueva estrella castellana como paso previo para alzarse con el poder.

Los castellanos habían estado planeando reanudar la guerra con Granada, pero mientras tanto se concentraban tropas y pertrechos en las fronteras de Castilla. En la fortaleza de Peñafiel se inicia la rebelión de la facción castellana pro aragonesa llegando a ésta las tropas coaligadas. El método legitimador de estas invasiones era siempre el mismo: recurrir a la secular excusa de venir a parlamentar para solucionar las diferencias aunque para esto vinieran fuertemente armados.

(19) Lozoya, Marqués de: «Historia de España», vol. II, p. 355.

(20) Silió, César: «Don Alvaro de Luna y su tiempo», pp. 75 ss.

(21) La crónica se extiende en el relato del nombramiento y en las fiestas y justas que se organizaron. «Crónica de don Alvaro...». Título XV.

La guerra era ahora, pues, inevitable. La primera medida del rey castellano era emitir cartas reales de llamada a las ciudades, villas, grandes e hidalgos para reunir el ejército. Ahora bien, existía un problema radicado en la necesidad de estar seguros de la fidelidad de las tropas, pues muchos nobles eran posiblemente desertores en potencia. Para contrarrestar esta posibilidad se construía una pieza única, el juramento de fidelidad. En éste se trazaban las razones para la lucha, las penas si no se cumplía, los principios de los combatientes con una redacción que ligara sin error posible a los hombres para la próxima lucha.

«Los que aquí estampamos nuestros nombres é posimos nuestros sellos, juramos á Dios é á Sancta Maria, é á esta señal de la cruz, con nuestras manos corporalmente tañida, é á los Sanctos Evangelios, donde quiera que están, é hacemos voto á la casa Sancta de Jerusalén, so pena de ir á ella á pies descalzos, é hacemos pleyto é omenage en las manos de vos el muy alto, é muy poderoso é muy excelente Rey Don Juan Nuestro Señor, una é dos é tres veces, segun fuero é costumbra Despaña, de vos servir bien é leal é derechamente en estos negocios presentes, cesante toda cautela, simulación, fraude o engaño, así contra los Reyes de Aragón é de Navarra, é contra todos los otros que les han dado ó dieren favor, como contra los que no fueron obedientes á vos el dicho Señor Rey; é les resistiremos con todas nuestras fuerzas, é les haremos todo mal é daño que pudiéramos, por tal manera que la preminencia é honra y estado real de vos el dicho Señor Rey se fuardada é no rescibáis mengua alguna ni abaxamiento; é que sobresto pornemos las personas é vidas, é gentes y bienes; é que no rescibiremos habla ni trato, ni otra cosa alguna que á los sobredicho pueda embargar, ó emperecer, ó conturbar. E que cualquier habla ó trato que nos fuese movido lo haremos saber lo más ahina que pudiéramos á vos el dicho Señor Rey, lo cual otorgamos, é prometemos é juramos de hacer é guardar, é omplir, á todo nuestro leal poder, so pena de se por ello perjuros é fementidos é de ser traydores conocidos por el mesmo hecho; sin otra sentencia ni declaración, e nuestros bienes sean por ello confiscados á la camara de vos el dicho Señor Rey, á lo cual desde agora nos obligamos sin otra esperanza de venia, ni otro recurso alguno. E otrosí que no demandaremos absolución, ni dispensación, ni relaxión del dicho juramento é voto, ni conmutación dél al Papa, ni a otro Prelado ni Juez que poder haya para lo hacer; ni usaremos dél en caso que nos sea otorgado propio motu á nuestra postulación ó de otra persona, aunque todas juntamente concurran; antes siempre guardaremos é cumpliremos todo lo susodicho é cada cosa é parte dello de la manera dicha es. E yo el dicho Rey Don Juan juro é prometo é aseguro por mi fé real de defender é amparar á todos los sobredichos é a cada uno dellos é á los que hicieren el dicho juramento é omenage, é voto, en la manera susodicha, é a sus bienes, é honras y Estados y de poner mi persona por ello. E si trato alguno en la dicha razón me fuera movido, que gelo haré saber, é que lo que hubiera de hacer se haría con su consejo dellos ó de la mayor parte. Lo cual todo fué hecho é paso en la cibdad de Palencia á treinta diass de mayo, año del nacimiento de Nuestro Redentor de mil é cuatrocientos é veinte é nueve años. YO EL REY.»

Una vez tomada esta medida, el Ejército de Castilla reunió una avanzada de dos mil lanzas que con don Alvaro, al frente iría a hacer batalla y entretener al ejército invasor mientras el Rey con el segundo cuerpo de las tropas se dirigiría a la fortaleza de Peñafiel con dos mil hombres haciendo capitular la fortaleza y permitiendo al rebelde conde de Castro la retirada.

El 23 de junio de 1429 el ejército navarro-aragonés penetraba en Castilla evitando la hueste del Condestable que les persigue hasta Cogolludo donde se encuentran los dos ejércitos. Los castellanos sumaban un total de mil setecientos hombres de armas y cuatrocientos ballesteros y lanceros, frente a esto los reyes situaban «dos mil é quinientos hombres de armas, muy bien armados, é bien á caballo, é los mas dellos caballos encubertados, e hasta 1.000 hombres de pie, armados a la manera de Aragón» (22).

Las fuerzas reales se situaban entre los invasores y sus bases aguardando la llegada de refuerzos que les permitieran entablar combate, pues al Condestable «parescióle que era mejor dexarlos entrar mas adelante en el Regno, porque assi los podría cometer é vencer mas á su salvo; uno porque los Reyes serian mas alexados de sus Regnos, é ternian las tierras del Rey por todas partes, é les farian mal e daño; lo otro porque al Condestable fallescía grand número de la gente de armas que le avía de venir, é esperábala cada día» (23). Los coaligados, dándose perfecta cuenta de la situación decidieron combatir y obtener la victoria sobre unas fuerzas divididas. En esta situación de inferioridad demostró el Condestable su certera visión para ordenar las batallas, hizo descender a las tropas de los caballos y decidió esperar pie a tierra en terreno favorable la acometida (24). Esta era una decisión acertada, pues las lanzas castellanas en apretada fila eran la única posibilidad de contener a la caballería aragonesa; situado delante de sus tropas la arengó para el combate y aguardó (25). Sin embargo, cuando la batalla prácticamente había comenzado empezaron de nuevo las negociaciones.

(22) Crónica del Rey. Año 1427. Capítulo XII.

(23) Crónica de don Alvaro. Título XIX.

(24) *Ibidem*. Título XIX.

(25) «Señores, é buenos amigos: pues la justicia es aquella virtud que dá a los caballeros en las batallas segura confianza de victoria, pensad bien cuanta justicia tiene en esta parte el Rey nuestro señor, por quien hoy peleamos, é luego sentireis quan esforzados vos fallareis, para pelear é vencer. E si de la otra parte la generosa sangre de vosotros ha aquel deseo de honra é de gloria que siempre ovieron aquellos de donde vosotros venis, ved lo que la vuestra buena fortuna el día de hoy vos pone delante, é como al bien facer de vuestras manos tan grandes cosas promete. Es á saber, victoria de Reyes tan poderosos, é muy cierto galardón». Crónica de don Alvaro. Título XX.

Poco después el rey castellano decidía, esta vez, dirigir la campaña y castigar la afrenta que había sufrido en su honor. Castilla levantó ahora un verdadero ejército —enorme para la época— de diez mil hombres de armas y sesenta mil entre jinetes y peones. Siguiendo las pautas militares de la época envía la vanguardia a tantear el terreno más propicio para el avance de la tropa; de Luna con mil quinientos hombres se interna hasta llegar a dos leguas de Calatayud. Los aragoneses, conscientes ahora de su inferioridad y de la posibilidad de una derrota en una guerra nada popular en sus tierras, decidieron no presentar batalla. Con esto el honor real se daba por satisfecho.

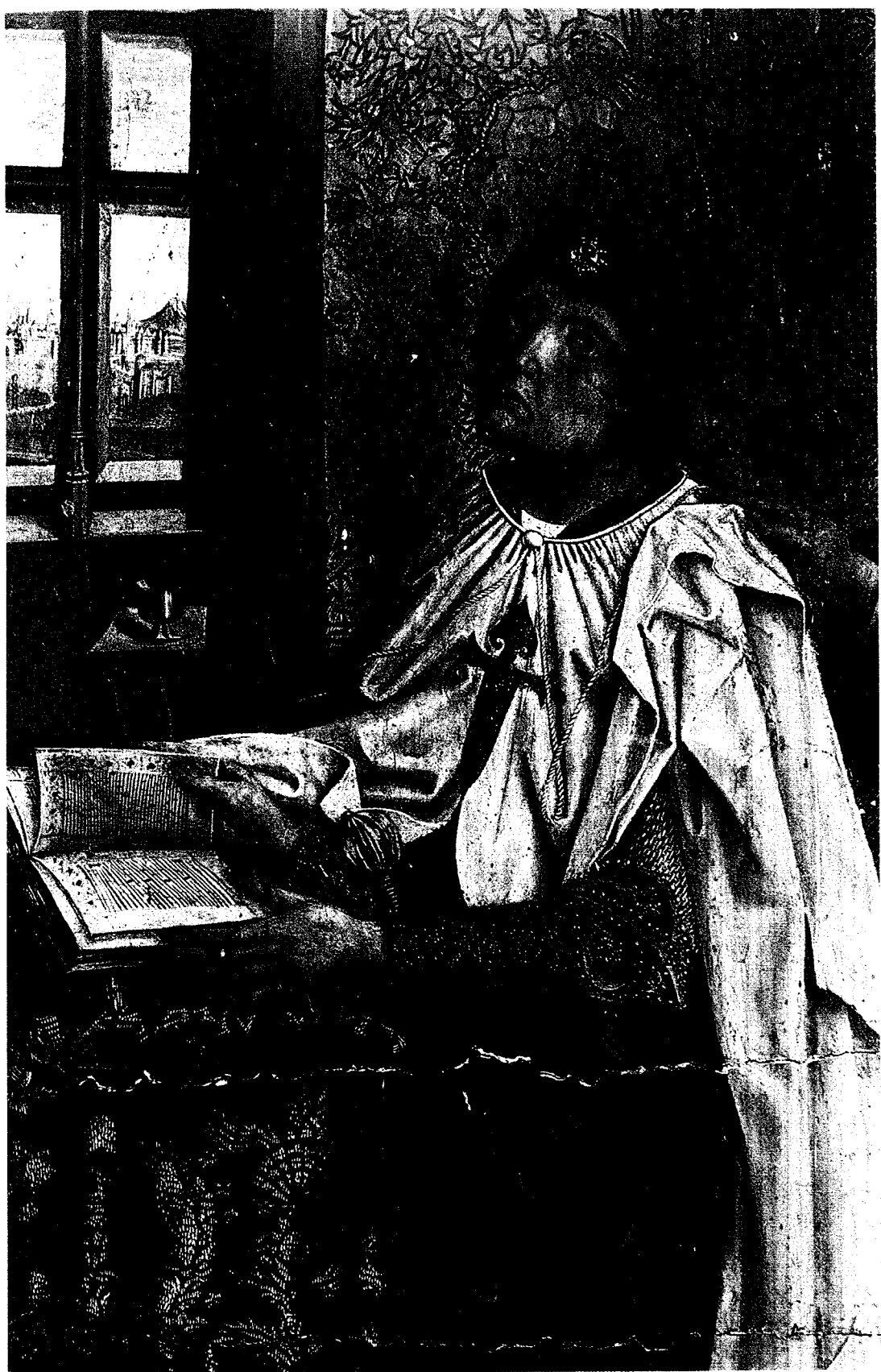
Verdaderamente el genio militar de don Alvaro de Luna se iba a poner de manifiesto con la eliminación del foco rebelde dirigido por don Enrique, en Extremadura. El Condestable realizó una campaña rápida dirigiéndose directamente al corazón de la rebelión situado en Trujillo, ante esto el infante se encerró en Alburquerque con trescientos hombres de armas y mil peones. El mundo caballeresco en que se movían los personajes quedó perfectamente reflejado en este episodio: los hombres del infante carecían de fuerza suficiente para el lance y se decidió retar en duelo a de Luna y al conde de Benavente que aceptaron, pero los infantes no se presentaron. Poco después se obtenía la rendición y los bienes de don Enrique quedaban confiscados, quedando el maestrazgo de Santiago bajo la administración del valido.

El frente navarro-aragonés permanecía aún en 1430 con escaramuzas, lances e incursiones, pero sin un prósito de mantener una posición conquistada. Los castellanos decidieron, llegada la hora, reanudar la campaña, pero los infantes preferían una tregua y así en Majano el 25 de julio se decidía la paz.

La campaña de Granada (1430-1431)

Las treguas firmadas y la fortalecida posición del Rey y su Condestable situaban al reino castellano en una ventajosa situación para reanudar la vieja empresa nacional abandonada por los enfrentamientos civiles: la guerra de Granada.

Las operaciones militares del último período del enfrentamiento civil habían situado a don Alvaro de Luna en el lugar de prestigio más alto de las armas castellanas. Para asentar aún más sus bases en la Corte la guerra de Granada suponía una oportunidad única amén de los demás componentes que conllevaba la empresa.



Retrato de D. Alvaro de Luna.
(Detalle del retablo en la Capilla de Santiago de la Catedral de Toledo)



Sepulcro de D. Alvaro de Luna.
(Capilla de Santiago de la Catedral de Toledo)

La campaña requería reunir un gran ejército de invasión. Mientras éste se concentraba, la guerra se limitaría a un conjunto de choques fronterizos cuya finalidad radicaba en calcular la capacidad de resistencia del conjunto musulmán para iniciar la conquista. El Condestable pidió al Rey la merced de unirse a esta misión.

«Señor, pues la disposición de la mi edad agora, que soy mancebo, é mi deseo es tan conforme para vos servir, é el caso se ofrece muy dispuesto en que yo lo pueda hacer: es á saber que vos, Señor, tenéis acordado de ir poderosamente á facer la guerra al Regno, é Moros de Granada: Yo vos suplico, señor, me deis licencia, para que con la gente de mi casa vaya delante, á facer alguna entrada é daño en el su Regno; porque cuando vuestra merced vaya, con el ayuda de Dios, é con la vuestra, yo los tenga en alguna manera quebrantados é atemorados» (26).

Para su cronista dos razones impulsaban a don Alvaro a tal solución «*assi por dar lugar é cercanías con el Rey á los que pensaba que él les estorbaba; como por facer servicio á Dios é al Rey en la su ida, é daño en los enemigos de la Sancta Fe*» (27). Reunió pues la hueste de su casa compuesta por mil quinientos hombres y partió hacia la ciudad de Córdoba punto de arranque de su expedición.

Dentro de los planes generales para la invasión el primer paso lo constituía el nombramiento de capitanes para hacer las entradas en el territorio musulmán. Lo fueron esta vez Diego Rivera en Jaén y su obispado, Fernán Alvarez de Toledo para Sevilla y Ecija, Pero García para Jerez, para Cartagena el adelantado mayor de Murcia Alonso Yáñez. La hueste asignada a cada uno de ellos la componían quinientas lanzas y además se le facilitaban las «*cartas de creencia*» para que las ciudades y villas les proporcionaran cuanto les fuera menester (28).

Antes de partir hacia el territorio musulmán aumentaban sus respectivas huestes con los hombres de la zona. De estas expediciones la de mayor éxito sería la de la capitania de Diego Rivera (ochocientos caballos y tres mil peones) entrando en la vega de Granada, logrando una serie de victorias, y saliendo ilesos. Estos hechos se repitieron con mayor o menor fortuna a lo largo de toda la frontera, incapacitando a las tropas granadinas para efectuar una acción

(26) Crónica de don Alvaro. Título XXXIV.

(27) *Ibidem*. Título XXXIV.

(28) Silió César: *Op. cit.*, p. 156.

ofensiva. Estos comprendían perfectamente que la invasión se produciría pero ignoraban el punto de ataque y por tanto no podían distraer fuerzas en estériles persecuciones. Por otra parte estas pequeñas acciones aseguraban al ejército castellano el tiempo necesario para su proyectado ataque en primavera.

A principios de 1431 el Condestable concentraba en el castillo de Alvedin 3.000 jinetes y 5.000 peones con numerosos caballeros (29), con éstos se disponía a iniciar la expedición que la crónica de Pero Niño titularía «*la famosa*».

El punto de ataque elegido fue Alcalá la Real, el mismo sitio por donde saliera la expedición victoriosa de Diego Rivera que demostró ser el punto más vulnerable de toda la línea y que abría el objetivo más importante: la ciudad de Granada. Una vez en territorio enemigo la primera acción táctica residía en llevar ordenadas las batallas para un posible combate.

«E dió cargo de la delantera á don Juan Ramírez de Guzmán Comendador mayor de Calatrava, é a Alfonso de Córdoba Alcaide de los donceles, caballeros criados en la su casa; é puso con aquestos otros caballeros fijosdalgo de la su casa. E dióle cargo de la reguarda al Mariscal Diego Fernández de Córdoba el viejo, é a los otros caballeros que con él iban encargó á cada uno la gente, que entendía que abría gobernar» (30).

Siguiendo su ruta «*taló las huertas é panes de Yllora; é entro con su hueste bien ordenada en la vega de Granada*» instalándose sobre el río Genil envía parte de sus hombres —mil quinientos jinetes— a remontar el curso del río, batiendo a los musulmanes. Una vez reunida de nuevo su hueste y siguiendo la manera caballeresca de hacer la guerra retó al rey de Granada con estas palabras:

«Que pues el era venido allí tan cerca de la cibdad de Granada con alguna parte de la caballería del Rey de Castilla su señor, que le pedía por merced, que é quisiesse salir á verse con él en el campo» (31).

Los musulmanes se limitaron a trabar escaramuzas con aquellos jinetes conscientes de que aquél no era el ejército invasor sino una avanzadilla de éste. El Condestable decidió seguir sus acciones de castigo y destrozo hacia Taxara, llegando a Loja y posteriormente a Archidona. Poco después se le planteó el problema típico de las expediciones demasiado largas, la falta de pertrechos, teniendo que

(29) Crónica de don Alvaro. Título XXXV.

(30) *Ibidem*. Título XXXV.

(31) *Ibidem*. Título XXXVI.

volver hacia Antequera para aprovisionarse, sin embargo nada encontró. Esta situación desencadenaba peligrosamente el juego de las deserciones frenadas rápidamente gracias a la autoridad; en estas circunstancias decidió aguardar a la llegada del ejército del Rey.

Las noticias emanadas del primer grupo de ataque decidieron a Juan II a emprender la marcha desde Ecija. Una vez reunido con el Condestable, todo el ejército se puso en marcha ocupando la vanguardia el Condestable, situándose a finales de junio de 1431 frente a Granada. Uno de los principales problemas del ejército cristiano residía en mantener su orden; los caballeros solían marchar a escaramucear con el moro y esto podía convertirse en una serie de desconcertantes derrotas parciales que sin lugar a dudas minarían la moral del ejército; para evitarlo se trazaron unas líneas de seguridad para estas correrías nacidas del deseo de los caballeros de demostrar su valor. Todo el título treinta y siete de la «Crónica de don Alvaro de Luna» se encuentra salteado de estos hechos de la caballería castellana.

La batalla de la Higuera

Asentado el ejército ante la ciudad, aguardaba el momento de entrar en combate, pero como señala el cronista *«la victoria de las batallas sea en las manos del todopoderoso Dios; muchas veces él la otorga, cuando los omes non la esperan»*.

La vega granadina no era un terreno favorable a presentar un combate generalizado, sus huertas, acequias, atalayas, presentaban un serio obstáculo para la evolución de la caballería cristiana. Por esta razón el domingo primero de julio el maestre de Calatrava realizaba la tarea de allanar *«las acequias é los malos pozos»* cuando el ejército granadino decidió no aguardar más.

El combate se desarrolló por sorpresa, el primer ataque pareció ser para los cristianos no más que una de las muchas escaramuzas del momento, quizás de mayor envergadura, pero en principio sólo una escaramuza. Se envió en socorro del maestre un grupo de unos dos mil hombres y la siguiente comunicación llegada al real decía *«que todos los moros de Granada cargaban sobre aquellos caballeros»*. Don Alvaro y un grupo de 800 hombres parte inmediatamente como refuerzo y también como observador antes de poner en marcha a todo aquel inmenso ejército de ochenta mil hombres.

Los granadinos, a pesar de las exageraciones que llevan inmersas las crónicas, debían suponer una enorme cantidad para los cristianos para que el cronista los evaluara en *«fasta quatro mill de caballo, é doscientos mill peones entre ballesteros é lanceros, é apenas avia quedado aquel día en la cibdad de Granada Moro, que fuesse para tomar las armas, que allí non estoviesse»* (32).

En un primer momento los cristianos intentaron retrotraerse a una acción de sorpresa; el Condestable prefería presentar batalla, ya que una retirada podría tener efectos contraproducentes para las tropas. Así pues en un principio avanzaría él con su batalla, y ordenó que se movieran al mismo tiempo las de los condes de Niebla, Ledesma y Castañeda. La batalla pudo convertirse en un enorme fracaso, pues los de Niebla y Castañeda estaban enemistados y estuvieron a punto de enfrentarse en pleno combate, situación que logró superarse imponiendo la disciplina y colocando un grupo entre ambos. Además de estas medidas el resto de las tropas avanzarían después con el Rey.

«Después que el Condestable don Alvaro de Luna ovo ordenado á todos, é avisado como avian de facer, pusose delante de toda en su batalla, la cual era la delantera, segun diximos. Mandó tocar las trompetas, é á gran voz comenzó á llamar el nombre del Apostol Sanctiago, é dixo á todas los suyos que lo siguiessen» (33).

Las tropas del Condestable atravesaron la primera de las batallas musulmanas en el punto de mayor fuerza, el avance del segundo grupo se encargaría de los que dejaba atrás, evitando que lo cercaran. Según se deduce de la crónica, esto desconcertó a los musulmanes que paulatinamente convirtieron su campo en una gigantesca retirada perseguidos por las tropas cristianas. El Obispo de Osma tomó al asalto el real musulmán mientras se perseguía a los que escapaban en otras direcciones. En medio del campo de batalla al pie de la sierra de Elvira quedaba intacta una higuera, y de ella tomaría el nombre el combate: La Higuera

El eco de la batalla tuvo su trasunto poético en la pluma del vate del momento Juan de Mena que en sus trescientas decía:

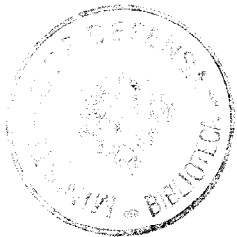
«Con dos cuarentenas y más de millares
Le vimos de gentes armadas a punto,
Sin otro más pueblo inerme allí junto,
Entrar por la vega talando olivares,
Tomando castillos, ganando logares,
Haciendo con miedo de tanta mesnada
Con toda su tierra temblar a Granada.»

(32) Crónica de don Alvaro. Título XXXVIII.

(33) *Ibidem*. Título XXXVIII.

El ejército cristiano tenía ante sí la posibilidad de atacar Granada, una victoria como esa consolidaría el trono y al valido de Escalona. Sin embargo —como cantaría Juan de Mena— la victoria tuvo la derrota de despertar las viejas facciones y a esto coadyuvó la presencia de los infantes de Aragón que parecían estar dispuestos a olvidar las treguas concertadas y reanudar su presión sobre el trono castellano. La victoria había sido grande y se podía mantener por el momento con las huestes fronterizas mientras se intentaba resolver lo que parecía una inminente rebelión y preparar la campaña definitiva.

«Oh virtuosa, magnífica guerra;
 En ti las querellas volverse debían.
 En ti do los nuestros muriendo vivían,
 Por gloria en los cielos y fama en la tierra;
 En ti do la lanza cruel nunca yerra,
 Ni teme la sangre verter de parientes:
 Revoca concordes a ti nuestras gentes,
 De tanta discordia y tanta desferra!» (34).



El duelo final.

Desde 1432 Castilla vivía en la paz garantizada por las treguas con Portugal y Aragón, y por la derrota de los granadinos. A esto se sumaba el hecho de la aventura napolitana de los ambiciosos infantes de Aragón convertida en un desastre militar que les obligaba a mantener la paz con Castilla. Don Alvaro de Luna se encontraba ahora en el cénit de su carrera.

A pesar de todo, poco a poco, las facciones nobiliarias se reconstruían, menudeando los episodios de reunir hombres de armas para luego parlamentar en mejores posiciones esquivando un choque militar abierto. La vuelta de los infantes cambiaría radicalmente la situación. De nuevo se volvió a una situación parecida a la de comienzos del reinado; por un lado el infante Enrique agrupaba a los descontentos castellanos y por el otro el rey navarro apoyaba a su homónimo de Castilla. Todo esto daría lugar al denominado «*seguro de Tordesillas*», máximo símbolo de la claudicación real ante la nobleza. Así, a partir de 1439 el poder quedaba dominado por la facción aristocrática y proaragonesa.

El período de gobierno nobiliar volvió a evidenciar sus profundas disensiones internas; a esto se sumaba la intranquilidad que

(34) Juan de Mena: «Las trescientas».

producía el poderío del Condestable desterrado de la Corte. Así las cosas, la derrota de Alvaro de Luna se convirtió en algo primordial para los nobles.

A principios de febrero de 1441 podemos decir que se vuelve a iniciar la guerra civil, el ejército nobiliario decide invadir los dominios del Condestable y éste se decide a defenderlos. Las huestes de Escalona eran escasas y comprendiendo lo inútil de un encuentro frontal, de Luna se refugió en el castillo de Maqueda, siendo éste cercado por el propio Enrique. El afán destructor de los hombres del infante va a provocar su propia derrota, la dispersión de sus tropas en grupos las convirtió en fáciles presas para los hombres de don Alvaro prestos a socorrerle.

Una vez levantado el cerco, los hombres de Luna pasan al contraataque, el infante se encuentra recluido en Torrijos y Toledo queda prácticamente cercado. Todo el ejército nobiliario decide ponerse en marcha contra su viejo enemigo. Este movimiento fue desafortunado para su propia causa ya que el Rey quedaba prácticamente libre y con novecientos hombres se dirige hacia las llaves de Castilla, Medina y Olmedo.

Los grandes tienen ahora planteado su secular problema, pues el permanecer unidos significa dejar desguarnecidas todas y cada una de sus posesiones, cualquiera podía ser el objetivo elegido por los realistas para minar sus bases. Esto provocaba que muchos decidiesen que era mejor volver a defender sus tierras y aguardar otra oportunidad, pero antes irían hasta Medina para tratar de doblegar de nuevo la voluntad real.

El Condestable tuvo que correr y atravesar las líneas enemigas para llegar junto al Rey y fortalecer su posición ante el inminente asalto nobiliario. Sin embargo, cometieron un error al no salir a presentar batalla al poco de su llegada, aprovechando el número y el factor sorpresa. Esto permitió a la facción entrar en Medina merced a la traición la noche del 28 de junio de 1441, por las puertas de dos sectores de la muralla: por una entraron seiscientos hombres para llamar la atención, por la otra los reyes y toda la hueste. El cronista retrata perfectamente el drama de aquel combate nocturno.

«como fuese entrada la villa, é el Condestable lo sopiese, pusosse á pelear con los contrarios por las calles. La gente cargaba mas sobre él, é muchos de los suyos le fallecian, é de los de la parte del Rey, en quién él avia alguna esperanza, que lo farian mejor aquel dia. Mas

como quiera que el Condestable aquello viesse, con gran esfuerzo é buen corazon arremetia por las calles, donde veia los mayores golpes de los contrarios, firiendo é derribando en ellos, é retrayendolos, é encerrandolos por las casas. El Rey sabiendo, que el Condestable estaba peleando en las calles, é que la gente toda cargaba sobre él, envióle mandar con Fernando Narvaez Alcayde de Antequera, que non se detoviese allí mas; antes que si su servicio queria, se partiese luego de la pelea; ca bien veía, que non podia el solo resistir á tanta muchedumbre... El Condestable andaba encendido en la pelea el espada ensangrentada, firiendo por los enemigos, non temiendo á ninguno, lanzandose en medio dellos... El Condestable, veyendo que tan afinadamente el Rey le enviaba á mandar que se partiese de allí, é como todos fallecian, é por salvar el Arzobispo su hermano, é al Maestre de Alcantara, andovolos a buscar por la priessa de la gente, abriendo camino con el espada en la mano, fasta que los falló. Tomólos ante sí, quedando él atrás peleando con los contrarios; fasta que assí los sacó de la villa: é tomo con ellos camino de la su villa de Escalona» (35).

Esto supuso la victoria rebelde, un nuevo destierro para don Alvaro y prácticamente reducía el papel del Rey al de un prisionero. Al poco tiempo las viejas querellas intestinas de la nobleza volvieron a ponerse de manifiesto favoreciendo la reconstrucción del partido realista merced a los buenos oficios del Obispo de Avila, al que se sumaría el futuro Enrique IV.

El príncipe, desde Avila, mandó las cartas a las ciudades y villas proclamando su identificación con el Condestable y el propósito de liberar al Rey (36). En la ciudad de Burgos se fue reuniendo el foco de los descontentos, se formó un ejército de tres mil caballos y cuatro mil peones dispuestos a marchar. La posición de clara desventaja en que quedaban los rebeldes hicieron optar al rey navarro por retirarse de Castilla, volviendo al poco tiempo Juan II a obtener el poder. Pero aún no se había logrado una verdadera victoria.

La batalla de Olmedo

Todos los episodios anteriormente referidos demuestran claramente cómo sólo una victoria militar podía dar al rey la seguridad y un respiro. El partido nobiliar no tardó en reconstruirse y las huestes de Navarra entraron en Castilla tomando Torija, Alcalá de Henares y Santorcaz. De aquí marchan a Olmedo donde se reúnen los nobles descontentos, entre ellos destacan el infante Enrique, el conde de Benavente, el Almirante, el merino mayor de Asturias, y el conde de Castro.

(35) Crónica de don Alvaro. Título XLVIII.

(36) Silió, César: Op. cit., pp. 227-228.

El ejército real, decidido a presentar batalla, cruzó Guadarrama y se presentó ante Olmedo con mil caballos y cien peones, los rebeldes contaban con dos mil quinientos caballos y un número indeterminado de peones. Las tropas realistas como primera acción instalaron su real; éste se asentó *«en un lugar que llaman los de la tierra de la Cabaña, que es quanto media legua de Olmedo, en la ribera de Adaxa. Aqueste real fué muy bien asentado é ordenado; ca el Condestable, cuyo era el cuidado de lo ordenar é assentar, trabajó mucho; porque allí no falleciese cosa alguna de las que en buen asiento del real debe aver... Fizo mucho apretar la gente, é ayuntar las tiendas, é todas las unas con las otras; é de la una parte estaba la ribera del rio, é de la otra una caba grande, que viene desde Medina á dar en el rio Adaxa: é de las otras partes mandó el Condestable a los peones, facer grandes cavas, en tal manera, que el Rey estaba assaz fuerte por todas partes»* (37).

Era el mes de mayo, las tropas nobiliarias aguardaban protegidas tras las murallas de la ciudad construidas para resistir un duro asedio; una llanura y un pequeño cerro separaban a los adversarios. Mientras tanto los caballeros se retaban en aquel juego de escaramuzas de la época, y se intentaba negociar. La negociación fue aceptada por los realistas que aguardaban los refuerzos vitales del maestre de Alcántara, quedó ésta entonces rota y los hombres se dispusieron a la lucha.

El tema caballeresco de la época daría el inicio de la batalla en uno de los muchos lances que protagonizó el futuro Enrique IV cuando fue perseguido hasta el real por fuerzas superiores. Para el honor real esto fue una afrenta, pues las escaramuzas eran como pequeños duelos con unas reglas de honor consuetudinarias. Así pues, Juan II dio orden de mover su ejército.

Era el miércoles diecinueve de mayo. El Rey decidido a ir a la batalla demandó *«el armadura de la cabeza, é diéronle un sombrero de acero, é púsosele en la cabeza, é el espada en la mano, comenzó de animar é esforzar a los suyos, mandándoles que todos pusiesen las armaduras en la cabeza, é tomassen las lanzas»* (38). El Condestable, a la cabeza de las tropas, en una vibrante arenga explicaba las razones de la lucha *«peleamos por nuestro Rey, defendemos nuestro Regno, vengamos nuestras injurias, guardamos las nuestras leyes: lo cual nuestros enemigos facen por el contrario»* (39).

(37) Crónica de don Alvaro. Título XLIX.

(38) Ibídem. Título LI.

(39) Ibídem. Título LII.

Lo mejor de las tropas fue situado en la vanguardia bajo el mando de Alvaro de Luna, pues *«tanta avia seido la continuación de las guerras en Castilla, que su estudio de todos no era ya salvo en tener sus armas muy bien guarnidas, é sus cabellos muy escogidos»* (40). Delante de esta vanguardia se situaba el Adelantado de Cazorla Juan Carrillo con la gente de armas y los jinetes con Juan Fernández Galindo *«hombre muy diestro en fecho de guerra á la gineta»*, éstos deberían dirigirse contra los jinetes enemigos. A continuación avanzaba la batalla del Condestable con una avanzadilla de cincuenta hombres escogidos para romper la batalla enemiga situada frente a él. A su derecha se situaron otros dos tropeles de caballería con unos cien hombres de armas cada uno y en la izquierda otros dos. En total este primer grupo de ejército lo componían unos setecientos ochenta hombres de armas y doscientos jinetes.

Detrás de los primeros hombres y formando, pues, el ejército una punta de lanza, avanzaban un poco desviados hacia la derecha y la izquierda respectivamente las tropas de don Fernán Alvarez de Toledo, conde de Alba, e Iñigo López de Mendoza, y las del Príncipe y el Maestre de Alcántara. En último lugar y formando la base del triángulo quedaban las tropas más numerosas del Rey.

En un principio los coaligados no salieron al terreno del combate ante el despliegue real, pero conscientes de la imposibilidad de evitar el choque aprovecharon el momento en que se marchaban para salir a combatir, provocando la rápida vuelta del ejército real al lugar de la batalla.

El ejército nobiliario era un conglomerado muy amplio de la nobleza castellana y de fuerzas de Navarra y Aragón. Formaban éstos una larga serie de batallas independientes cuya mayor parte se dirigió contra el Condestable castellano, ya que su grupo era el más fuerte, al frente de estas fuerzas iría el infante don Enrique (41).

(40) *Ibidem*. Título LIII.

(41) Las tropas coaligadas formaban, según el cronista, del siguiente modo: «En la batalla del Rey de Navarra venia sus gentes con su estandarte, é el estandarte del Conde de Medina Celi con su gente, é el Conde de Castro con su batalla. E venia en la batalla del Infante don Enrique Maestre de Sanctiago la batalla de don Fadrique Almirante de Castilla, é don Alfonso Pimental Conde de Benavente con su batalla, é don Enrique hernando del Almirante, é Rodrigo Manrique Comendador de Segura, é Pero Xuarez de Quiñones, é Juan de Tovar, é Diego de Venavides, é aquestos levaban la delantera». Crónica de don Alvaro. Título LIV.

La clave de la batalla se desarrollaría en torno a la toma de un cerro que se encontraba entre las batallas contrarias. La iniciativa la tomaron los de Olmedo, aunque el Condestable se apercibió del hecho enviando al contraataque las fuerzas del Adelantado Juan Carrillo. Viendo que la mayor parte del ejército enemigo se dirigía hacia allí, en busca de una posición privilegiada para el ataque, el Condestable se encaminó al cerro con sus fuerzas para no dar tiempo a que el enemigo aprovechara la situación. Llegó, pues, el combate entre los dos grupos más numerosos y fuertes de los ejércitos en presencia.

Los hombres del infante Enrique dieron una carga contra las gentes de Castilla que aguantaron con *«las lanzas só los brazos»*. Una vez rotas las lanzas el combate pasó a ser una lucha generalizada entre los hombres, en ésta la fuerza física, la destreza y el valor de los combatientes sustituían a cualquier principio táctico. En esta fase es donde los capitanes adquirirían toda su importancia ya que de su ejemplo en el combate dependía la resistencia de sus tropas. Además en estos grupos el enfrentamiento era aún más duro, pues eran los viejos enemigos y las muchas cuentas quienes se enfrentaban. Hay que subrayar cómo en la primera fase la carga fue un desastre para la caballería nobiliar que en cierto modo combatía por última vez, ya que *«muchos dellos fueron á tierra, los unos feridos, é los otros derribados, ellos é los caballos en tierra»* (42).

Tras el duro combate, el rey de Navarra, el infante Enrique, el Almirante y el conde de Benavente comprendiendo que perdían la batalla dieron la espalda y se pusieron en franca huida con sus gentes perseguidas por los hombres del rey.

«Volved, traydores, é malos, é desleales contra el Rey, que tantas mercedes vos facia, no queráis morir vergoñosamente fuyendo: voved, é rescebid la muerte por nuestras manos, e sentid el cuchillo de la justicia.»

Durante la batalla quedaron heridos o prisioneros una larga lista de los nobles de Castilla rebeldes, los infantes huyeron heridos, la pronta llegada de la noche ayudó a que la batalla no se convirtiera en un auténtico descalabro para los rebeldes. Podían ahora perseguir y acabar con todos los que escapaban, pero se decidió no aumentar el rencor y solamente se dedicarían a ocupar las tierras y fortalezas de los rebeldes, sobre todo las del Almirante y el conde de Benavente.

(42) *Ibíd.* Título LV.

La batalla había causado más un daño moral que real, pues los muertos de los coaligados no alcanzaban la treintena, aunque durante la noche fallecieron otros doscientos hombres a causa de las heridas del combate. Tampoco el número de prisioneros fue elevado, pero sí eran los principales nobles rebeldes. La batalla se había parecido a un gran torneo, al final de la Edad Media.

«Prevalcieron felizmente la generosidad y bizarría castellana, y contra lo que frecuentemente se observa en las discordias civiles, el torneo de Olmedo no se ve desairado, a lo menos con la comparsa funesta de patíbulos y de justicias» (43).

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

- Anónimo: *Coplas de la Panadera*, Madrid 1963.
- Corral, León de: *Don Alvaro de Luna según testimonios inéditos de la época*. Valladolid 1915.
- Cierva, Ricardo de La: *Historia militar de España*. Vol. I. Barcelona 1985.
- Crónica de don Alvaro de Luna. 1940.
- Crónica de don Pero Niño Conde de Buelna. 1940.
- Crónica del Rey don Juan II. Valencia 1774.
- Lozoya, Marqués de: *Historia de España*. Vol. II. Barcelona 1967.
- Manrique, Jorge: *Obra Completa*. Madrid 1977.
- Mena, Juan de: *El Laberinto de Fortuna o las Trescientas*, «Clásicos castellanos».
- Menéndez Pelayo, Marcelino: *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*. Vol. II. Madrid 1914.
- Quintana, M. J.: *Don Alvaro de Luna*. Madrid 1922.
- Rizzo y Ramírez, Juan: *Juicio crítico de don Alvaro de Luna*, Madrid 1865.
- Silió, César: «*Don Alvaro de Luna y su tiempo*». Madrid 1935.
- Suárez Fernández, Luis: *Historia de España. Edad Media*. Madrid 1970.
- *Castilla 1350-1406* (Tomo XIV de la «Historia de España dirigida por Menéndez Pidal»). Madrid 1966.
- *Los Trastamaras de Castilla en el siglo xv* (Tomo XV de la «Historia de España» de Menéndez Pidal). Madrid 1964.
- *Nobleza y monarquía. Puntos de vista sobre la historia castellana del siglo xv*. Valladolid 1975.
- Vigón, Jorge: «*El Ejército de los Reyes Católicos*». Madrid 1968.

(43) Quintana, J. M.: «Don Alvaro de Luna», pp. 189-90.